Creer en Jesucristo
Vivir en cristiano

Cristología y seguimiento

Felicísimo Martínez Díez

verbo divino

Contenido

Introducción 11

I
SITUACIÓN ACTUAL Y CAMINOS
DE LA CRISTOLOGÍA

1. La teología cristiana hacia la concentración cristológica 25
1. El largo camino hacia la concentración cristológica 26
2. Las razones de la concentración cristológica 33
2.1. La renovación de los estudios bíblicos 33
2.2. Creciente interés por la figura de Jesús, dentro y fuera de la Iglesia 37
2.3. La búsqueda de lo esencial o lo específico cristiano 46
2.4. El diálogo ecuménico, interreligioso e intercultural 50
2.5. El clamor de las víctimas 54
3. El talante de las nuevas cristologías 58

2. El Jesús histórico y la cristología 61
1. Importancia del Jesús histórico para la cristología 63
2. Los testimonios no cristianos sobre el Jesús histórico 71
3. El Jesús histórico al abrigo de toda duda por mucho tiempo 80
4. Historia de la investigación sobre el Jesús histórico 84
5. La «tercera búsqueda» en torno al Jesús histórico 95
6. Núcleo histórico de la vida y misión de Jesús de Nazaret 101

3. El camino hacia la fe cristiana 105
1. La fe en Jesucristo: el núcleo de la vida cristiana 106
2. El camino de la comunidad apostólica hacia la fe cristiana ... 110
3. Las formulaciones de la fe pascual o de la fe cristiana 117
4. Nuestro camino hacia la fe cristiana 121
5. Nuestros caminos personales de acceso a la fe 132

II

LOS CONTENIDOS DE LA FE CRISTIANA: LA IDENTIDAD DE JESÚS, EL CRISTO, Y SU SIGNIFICADO SALVÍFICO

4. **La resurrección de Jesús y la experiencia pascual de los discípulos** 145
   1. ¿Se juega algo la humanidad actual en esto de la resurrección? 149
   2. La resurrección de Cristo: enfoques varios en la tradición teológica 152
   3. Los primeros testimonios de la fe en la resurrección 159
   4. Los relatos de las apariciones y del sepulcro vacío 164
      4.1. El relato del sepulcro abierto y vacío 167
      4.2. Los relatos de apariciones 170
      4.3. Los temas teológicos básicos de los relatos de apariciones 173
   5. El sentido y la significación teológica de la resurrección 178
   6. Significado de la resurrección para el hombre y la mujer actuales 188

5. **Los títulos cristológicos** 195
   1. Observaciones sobre los títulos cristológicos 196
   2. Jesús, el profeta escatológico 201
   3. Jesús, el Siervo de Yahvéh o la cristología de kénosis 209
   4. El Mesías, el Señor 217
   5. El Sumo Sacerdote, mediador de la Nueva Alianza 234
   6. El Hijo de Dios 245
   7. El Hijo del hombre 255
   8. El Logos, el Verbo, la Palabra encarnada 263

6. Verdadero Dios y verdadero hombre 275
   1. La cristología del siglo II: defender la divinidad y la encarnación 278
   2. La divinidad de Cristo: relación de Jesús con Dios 291
   3. La humanidad de Cristo: su relación con nosotros 302
   4. El problema de la unidad en Cristo: una subsistencia en dos naturalezas 313
   5. Las consecuencias de Calcedonia: la voluntad humana de Cristo o el problema monoteleta 328
   6. La tensión dialéctica entre la afirmación de la humanidad y la afirmación de la divinidad 335

7. En Él está la salvación: soteriología 349
   1. En Él la salvación: ¿Quién es Él? 352
   2. ¿Por su encarnación, vida, muerte o resurrección? Momentos de salvación 362

3. Las primeras interpretaciones de la muerte de Jesús: su sentido y su valor salvífico 380
3.1. La muerte del profeta-mártir 382
3.2. La muerte del justo paciente 387
3.3. La muerte para el perdón de los pecados 392
4. Encarnación y redención: la soteriología en el centro de la cristología 398
4.1. Anselmo de Cantorbery: ¿Por qué la encarnación? 400
4.2. Tomás de Aquino: Cristo, camino de salvación 411
4.3. Lutero, la Reforma y la justificación por la fe 424
5. Principales categorías soteriológicas: valores y contravalores .. 434
5.1. El sacrificio expiatorio o propiciatorio 435
5.2. La «redención» y el «rescate» 445
5.3. La satisfacción 452
5.4. La sustitución o la «satisfacción vicaria» 457

8. El Dios revelado en Jesucristo 463
1. Jesucristo, revelador de Dios 467
2. La encarnación: un Dios que asume la condición humana 475
3. La crucifixión y muerte de Jesús: un Dios crucificado 484
4. La resurrección: el Dios que triunfa sobre el mal y la muerte 500

III
LA PROPUESTA DE JESÚS O LA VIDA CRISTIANA

9. La Buena Noticia de Jesús o el Reino de Dios y su Justicia ... 515
1. La pretensión de Jesús y la propuesta de Jesús 517
2. La propuesta de Jesús: el Reino de Dios. Algunas aclaraciones 523
3. Significado del Reino de Dios en tiempos de Jesús 527
4. Los signos de la presencia del Reino de Dios 534
5. El anuncio del Reino o el Reino predicado por Jesús 547
6. ¿Significa algo el Reino de Dios para el hombre y la mujer modernos? 564

10. La vida cristiana o el seguimiento de Jesús 577
1. El movimiento de Jesús, la comunidad cristiana, la Iglesia... 579
2. ¿Se ha olvidado el ideal del seguimiento en la Iglesia? 585
3. La cosa comenzó en Galilea 589
4. La vocación al seguimiento de Jesús 595
5. Radicalidad en el seguimiento: renuncias para la libertad ... 601
6. Llamada universal al seguimiento 609
7. Seguimiento pre-pascual y seguimiento post-pascual 619
8. ¿Seguimiento o imitación? 623
9. ¿Qué implica hoy el seguimiento de Jesús? 629

11. La fe cristiana: creer cristianamente hoy 639
1. La presencia del Reino de Dios 642
2. «Creed en el Evangelio»: invitación a la fe 649
3. La fe y los milagros 655
4. Jesús, «el que inicia y consuma nuestra fe» (Heb 12,2) 667
5. La fe de Jesús 673
6. Creer al estilo de Jesús 679
7. Creer cristianamente hoy es creer en Jesucristo 688
8. Hombres y mujeres de poca fe, ¿por qué tenéis miedo? 697

12. La esperanza cristiana: don y responsabilidad 705
1. La esperanza humana: ¡tan necesaria y tan vulnerable! 708
2. «Venga a nosotros tu Reino» o el futuro del Reino de Dios 717
3. Apocalipsis o escatología: la propuesta de Jesús 724
4. Espiritualización o encarnación de la esperanza cristiana ... 735
5. La dimensión histórica de la esperanza cristiana 744
6. ¿Qué esperar del más allá? Algunas observaciones más sobre la esperanza cristiana 755
7. La esperanza cristiana, don y responsabilidad 766

13. El amor y la justicia: núcleo de la ética cristiana 775
1. El debate ético actual y el aporte de la ética cristiana 779
2. El sistema moral del don, de la comunidad, de la justicia ... 791
3. Jesús, la ley judía y la novedad de la ética cristiana 803
4. La justicia bíblica y la Justicia del Reino 817
5. Amor y misericordia, o el mandamiento principal 827
6. ¿Se puede gobernar el mundo a base de amor, perdón y gratuidad? 843

14. Celebrar la fe y la vida: en la vida de Jesús y en la vida cristiana 851
1. La celebración y el carácter festivo de la vida 854
2. El Evangelio de la alegría y de la fiesta 862
3. La oración: adentrarse en la «lógica» de Dios 874
4. Jesús de Nazaret, la celebración y el culto 886
5. El bautismo de Jesús 894
6. La cena de despedida de Jesús con los suyos 898
7. Culto, celebración y fiesta en la vida cristiana 904

Epílogo 917

Bibliografía general 923

Índice analítico 941

Índice de autores 963

Introducción

Escribir una cristología es una verdadera osadía. En primer lugar por una razón académica elemental: hoy en día es absolutamente imposible consultar y tener en cuenta toda la bibliografía en torno a la persona y la obra de Jesús, el Cristo. Pero hay además una razón más profunda: el misterio de Cristo es absolutamente inabarcable para la inteligencia humana. Lo dice bien San Juan de la Cruz: «Hay mucho que profundizar en Cristo, siendo él como abundante mina con muchas cavidades llenas de ricos veneros, y, por más que se cave, nunca se llega al término, ni se acaba de agotar; al contrario, se van encontrando en cada cavidad nuevos veneros de nuevas riquezas, aquí y allí, conforme atestigua San Pablo cuando dice del mismo Cristo: "En Cristo están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia" (Col 2,3)» [1].

Quizá por eso en cierto momento de su vida el gran teólogo Tomás de Aquino, arrodillado ante el Crucificado, guardó su pluma y guardó silencio. Cuentan sus contemporáneos que explicó su decisión con estas palabras: «He dejado de escribir, porque se me han revelado tales cosas, que las que he escrito y enseñado me parecen insignificantes» [2]. Es cierto, su decisión de guardar silencio llegó al final de sus días, después de haber dedicado toda su vida a una búsqueda infatigable de la verdad, cuando se habían agotado ya todos los recursos de su poderosa inteligencia. Este silencio ya no es pereza mental, ni irresponsabilidad; es una exigencia de la propia reflexión teológica que termina en la contemplación [3]. Por eso, el

---

[1] San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual,* 37, 4.

[2] G. Tocco, *Fontes,* 47, 120.

[3] Está acertado B. Forte cuando cierra sus reflexiones cristológicas con estas palabras: «Cuando la cristología de la palabra está para cerrarse, es necesario que se inicie la cristología del silencio y de la vida, la experiencia de Cristo liberador en la existencia cotidiana de los hombres». *Jesús de Nazaret. Historia de Dios y Dios de la historia,* Paulinas, Madrid 1983, 320.

silencio contemplativo no debe ahorrarnos el esfuerzo de la reflexión teológica. Sólo esta razón explica la osadía de las siguientes reflexiones, a las que he llegado tras un largo –y quizá innecesario– rodeo.

Hace un par de décadas mis responsabilidades en la Orden de Predicadores me obligaron a una reflexión sistemática sobre la personalidad de Domingo de Guzmán y su proyecto fundacional del siglo XIII, sobre el carisma y la espiritualidad de los dominicos y las dominicas. El resultado de aquella reflexión fue publicado en sendas obras [4].

A lo largo de aquella reflexión se me puso de manifiesto que la vida dominicana, tal como fue vivida y proyectada por Domingo de Guzmán, era sólo una versión peculiar del seguimiento radical de Jesús que ha procurado fomentar la vida religiosa a lo largo de su historia. En relación con otros modelos de vida religiosa, acentuaba de forma preferente algunos rasgos fundamentales del seguimiento de Jesús: la evangelización, la pobreza, la fraternidad... La vida y la espiritualidad dominicana es sólo una versión peculiar de la vida religiosa. Aquella reflexión sistemática sobre el carisma dominicano, sobre la personalidad evangélica y apostólica de Domingo de Guzmán y su proyecto fundacional, me remitió a otra reflexión específica sobre la naturaleza y misión de la vida religiosa. Pues ésta es como el sustrato y el denominador común de todas las «espiritualidades» y los carismas congregacionales, de todas las órdenes y congregaciones religiosas. El resultado de aquella reflexión sistemática sobre la naturaleza carismática y la misión profética de la vida religiosa fue publicado también en sendas obras [5].

La reflexión sistemática sobre la naturaleza y misión de la vida religiosa me remitió a esta reflexión sistemática sobre la naturaleza y la misión de la vida cristiana, y, en definitiva, sobre la cristología. Las diversas formas de vida cristiana sólo pueden ser definidas acertadamente desde un denominador común de todas ellas [6], que es el fiel seguimiento de Jesús.

Este denominador común a su vez sólo puede ser definido desde un referente: Jesucristo. A él hay que acudir para buscar lo esencial cristiano. A esta tarea se ha dado hoy acertadamente la reflexión teológica, y, más en

---

[4] F. MARTÍNEZ DÍEZ, *Domingo de Guzmán, Evangelio viviente,* San Esteban, Salamanca 1991; Id., *Espiritualidad Dominicana. Ensayos sobre el carisma y la misión de la Orden de Predicadores,* Edibesa, Madrid 1995.

[5] F. MARTÍNEZ DÍEZ, *Refundar la vida religiosa. Vida carismática y misión profética*, San Pablo, Madrid 1994; Id., *La frontera actual de la vida religiosa. Bases y desafíos de la refundación,* San Pablo, Madrid 2000.

[6] Cf. J. C. R. GARCÍA PAREDES, *Teología de las formas de vida cristiana,* Publicaciones Claretianas, Madrid 1996.

concreto, la cristología. Pues todo estudio sobre la vida cristiana es, en definitiva, un estudio de la cristología actualizada en la comunidad de los seguidores de Jesús.

La diversificación de las formas de vida cristiana estuvo motivada originalmente por la fecundidad de la Iglesia. En este sentido, fue una gracia para ésta la multiplicación de los carismas y ministerios, que redundó en un mayor enriquecimiento evangélico de la comunidad cristiana. Pero no siempre fue así. A veces sólo dio lugar a un estiramiento piramidal de la Iglesia, a una falsa jerarquización de la comunidad eclesial, y, consiguientemente, a permanentes y escandalosos conflictos de poder. Se repitió con frecuencia la búsqueda de los primeros puestos y la tentación de ser el más importante. Y se dejó atrás el ideal cristiano del servicio humilde, al estilo del maestro. «No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor» (Mt 20,26).

Las diversas formas de vida cristiana han estado quizá demasiado preocupadas y hasta obsesionadas por definir su identidad desde el interior de sí mismas. Su propio estatuto ha sido a veces más estimulante que el mismo Evangelio. Con acierto protestó Francisco ante quienes le pedían que escogiera una regla antigua para su nueva fundación: «A mí, contestó, no se me ha dado otra regla si no el Evangelio de Jesús». Ésta parece que fue su respuesta. Y así deberíamos contestar hoy cuando nos interrogan por la identidad del laicado, de la vida religiosa o de los ministerios ordenados.

Lo dicho sobre las diversas formas de vida cristiana en la Iglesia católica es aplicable proporcionalmente a las diversas Iglesias cristianas. Las relaciones entre ellas también han padecido con frecuencia las tentaciones del poder. Y la necesidad de definir la propia singularidad frente a las demás Iglesias quizá ha desviado muchas veces la atención desde lo esencial cristiano hacia lo accidental eclesial.

Por este camino la historia del cristianismo ha acumulado muchas adherencias sobre lo esencial cristiano, hasta hacerlo difícilmente reconocible. Se han multiplicado las creencias que han desviado la atención de la verdadera experiencia de fe cristiana, la fe pascual. Muchos creyentes creen en cualquier cosa menos en el Crucificado Resucitado. Se han multiplicado las normas y los preceptos que han separado a la vida cristiana del foco central del amor cristiano. El derecho acabó prevaleciendo sobre la moral, y ésta a su vez ha terminado prevaleciendo sobre la gracia. Se han multiplicado las prácticas piadosas, las rutinas rituales, las devociones... hasta deteriorar el verdadero culto, la verdadera oración, la auténtica espiritualidad cristiana. Los medios corren el riesgo de convertirse en fines. Lo accidental pasa a primer plano y se convierte en esencial. Muchas tradiciones ya no son mediaciones, sino bloqueos que impiden el acceso a la gran Tradición cristiana.

El aparato religioso no siempre canaliza la experiencia evangélica; con frecuencia la hace inaccesible. El rostro de Jesucristo ha quedado oscurecido ante tantas y tan burdas manipulaciones de su imagen[7].

Por este camino, el cristianismo ha caído con frecuencia en el descrédito, la frivolidad, la carencia de sentido y de sustancia. Ha perdido para muchos creyentes y no creyentes su sentido original y su inspiración verdaderamente cristiana. Como consecuencia, muchos no creyentes han dejado de sentirse interpelados por las Iglesias cristianas; otros se han fugado silenciosamente de las mismas; otros han permanecido en ellas, pero sumidos en un profundo sopor carente de mística, de motivación, de objetivos.

Un juicio condenatorio de los propios fieles sería injusto. Ellos son más pacientes que agentes de la crisis. Son pacientes de una evangelización deficiente, de un liderazgo eclesial a veces escasamente evangélico, de una Iglesia con frecuencia fuerte institucionalmente y cristianamente débil y vulnerable... Y también de una teología y una catequesis que dejan mucho que desear. Las fidelidades subjetivas hay que cargarlas a la cuenta personal de los cristianos; los errores objetivos no siempre son responsabilidad de los fieles.

Este panorama constituye un desafío urgente para la reflexión teológica y para la misión evangelizadora. En estas circunstancias es necesario buscar lo esencial cristiano, la entraña del cristianismo, ese núcleo substancial que es el denominador común de todas las formas de vida cristiana, de todas las Iglesias. Sin ese denominador común ninguna forma de vida es cristiana, aunque tenga elementos cristianos; ninguna Iglesia es verdaderamente cristiana, aunque lo parezca.

Buscar lo esencial cristiano no es buscar definiciones abstractas de la esencia del cristianismo, al estilo del siglo XIX[8]. No es mantener la búsqueda a un nivel meramente especulativo. Lo especulativo, en general, no implica decisiones trascendentales; se contenta con explicaciones más o menos racionales o razonables. Ni es buscar una experiencia pura sin mediaciones históricas, una Iglesia espiritual sin mediaciones institucionales, una sustancia cristiana no revestida de accidentes humanos. Eso no es posible para una religión de encarnación. El misterio de la encarnación es objeto central del credo cristiano; es parte irrenunciable del ser y del hacer del Dios cristiano; es característica y componente esencial de la comunidad cristiana. Buscar lo esencial cristiano es buscar aquello sin lo cual ninguna mediación histórica tiene sentido; aquello sin lo cual la moral, el cul-

---

[7] Cf. B. SESBOÜÉ, *Imágenes deformadas de Jesús: modernas y contemporáneas,* Mensajero, Bilbao 1999.

[8] Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo,* Secretariado Trinitario, Salamanca 1997, 189ss.

to, las instituciones... dejan de ser cristianos, aunque sigan pareciéndolo. Buscar lo esencial cristiano es buscar el Evangelio de Dios escondido detrás de tantas tradiciones humanas, buscar la verdadera vida escondida –o quizá ausente– detrás de tanto polvo y tanta escoria que la ocultan, buscar y avivar las brasas que se mantienen encendidas debajo de las cenizas.

En este contexto ha cobrado especial impulso en las últimas décadas el interés por la cristología. En ella se busca hoy la respuesta a esa eterna pregunta por lo esencial cristiano, por la entraña de la experiencia cristiana, por la sustancia de la vida cristiana. La teología ha experimentado una especie de concentración cristológica. Hoy quiere «fijar los ojos en Jesús, el que inicia y consuma nuestra fe» (Heb 12,2). La teología ha vuelto la mirada a Jesús, el Cristo, en busca de esa inspiración e iluminación que necesitan las Iglesias, para mantenerse fieles a su vocación y a su misión. El estudio de cualquier forma de vida cristiana conduce a la cristología. Todos los caminos de las Iglesias conducen a Jesús, si son auténticos, o postulan una vuelta a Jesús, si han dejado de serlo y han perdido el norte.

Y no es que la solución a los problemas de fondo de las Iglesias esté sólo ni principalmente en la reflexión teológica. Pero, aunque sea una afirmación obvia y elemental, conviene repetirla: es mejor tener una buena teología que una mala teología. Porque la relación entre la teoría teológica y la praxis cristiana, o entre la praxis cristiana y la teoría teológica, es más profunda de lo que normalmente pensamos. ¡Ojalá se hubiera servido una buena cristología a las comunidades cristianas en la evangelización, en la predicación, en la catequesis!

Los diversos tratados teológicos necesitan nutrirse de la cristología. La teología fundamental sólo se entiende a sí misma en base a la concentración cristológica[9]. El tratado sobre el Dios uno y trino y sobre el Espíritu Santo sólo consigue avanzar buscando el verdadero rostro de Dios que se ha revelado en Jesús y la manifestación del Espíritu en la vida, muerte y resurrección de Jesús. No es posible construir una eclesiología ni es posible comprender el régimen sacramental de la vida cristiana al margen de la cristología. Y, ¿cómo es posible atinar con la identidad y el aporte específico de la moral cristiana sin buscar iluminación en la cristología?

Por eso el estudio sobre la vida cristiana termina en el estudio de la cristología. Y el estudio de la cristología debe terminar a su vez en el encuentro con Jesucristo y en su fiel seguimiento, núcleo y fundamento de

[9] En ese sentido se ha hablado recientemente del principio «cristocentrismo» y su operatividad en la teología fundamental. Cf. T. CITRINI, *El principio «cristocentrismo» y su operatividad en la teología fundamental,* en: R. LATOURELLE y G. O'COLLINS, *Problemas y perspectivas de la teología fundamental,* Sígueme, Salamanca 1982, 246.

toda vida cristiana. Toda forma de vida es verdaderamente cristiana en la medida en que es una forma específica de encuentro y seguimiento de Jesús. La verdadera cristología, el verdadero conocimiento de Cristo es, en definitiva, un conocimiento existencial, experiencial, cordial [10].

Pero el seguimiento de Jesús no es sólo el corolario práctico de una cristología previamente elaborada; no es una simple conclusión moral de una dogmática prefijada. El seguimiento de Jesús tiene en sí mismo una dimensión noética; forma parte esencial del conocimiento teológico; es componente esencial de todo método teológico que pretenda de verdad ser cristiano. El seguimiento de Jesús es el método más acertado, el camino más seguro hacia el pleno conocimiento de Cristo. El que recorra el camino de Jesús, sabrá realmente quién es Jesucristo. Así se juntan, según J. Moltmann, dogma y ética [11]. Conocemos a Cristo en la medida en que lo seguimos, en la medida en que repetimos y actualizamos su itinerario. Es la práctica del seguimiento de Jesús la que verdaderamente ilumina la imagen de Jesucristo y nos desvela la entraña del cristianismo.

Por eso el estudio de la cristología va esencialmente vinculado a la actualización de la cristología en la vida de la comunidad cristiana [12]. El seguimiento es un «fragmento de la cristología viva» [13]. J. Moltmann insiste en que la raíz vital de toda cristología es la comunidad cristiana, la «cristo-praxis», que es la vida de la comunidad. Esa cristo-praxis hace que la comunidad se oriente a los pobres, a los enfermos, a los excluidos y oprimidos. En este sentido, la cristología no es sólo una hermenéutica de los orígenes, sino una terapéutica para el hombre actual postrado en la miseria. La relación entre cristología y soteriología es esencial [14].

Llama la atención el carácter excesivamente y casi exclusivamente académico de muchos tratados de cristología [15]. O bien se limitan a bucear en

---

[10] U. VON BALTHASAR insiste en la necesidad de superar la «inflación del saber» y llegar al «conocimiento del corazón», al «conocimiento desde dentro». *¿Nos conoce Jesús? ¿Lo conocemos?,* Herder, Barcelona 1982. K. ADAM, por su parte, enfatiza las condiciones existenciales que necesita el hombre actual para el acceso a Jesucristo. *Jesucristo,* Herder, Barcelona 1973, 33ss. Y SANTO TOMÁS DE AQUINO afirma que «es necesario emparentar nuestro conocimiento con las cosas divinas» (*STh* II-II, 45, 2). Para ello, la gracia nos dispone interiormente (*STh* II-II, 6, 1).

[11] J. MOLTMANN, *El camino de Jesucristo. La cristología en dimensiones mesiánicas,* Sígueme, Salamanca 2000, 12.

[12] O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Jesús de Nazaret. Aproximación a la cristología,* BAC, Madrid 1978, 243.

[13] E. SCHILLEBEECKX, *Cristo y los cristianos. Gracia y liberación,* Cristiandad, Madrid 1982, 625.

[14] J. MOLTMANN, *El camino de Jesucristo...,* 71ss.

[15] R. PANIKKAR denuncia en el cristianismo de Occidente un «viento de objetividad» que ha borrado la conciencia mística, y el hecho de que la figura viviente de Cristo se

la historia de aquel hombre llamado Jesús de Nazaret y dan la sensación de tratar de un asunto muy importante en la historia de la humanidad, en el pasado, pero escasamente relevante en la vida actual de la humanidad. Da la sensación de que les importa más situar a Jesús en su tiempo que en el nuestro [16]. O bien se adentran en una consideración metafísica de los dogmas cristológicos, de los misterios que la comunidad cristiana confiesa, hasta dejar de lado o arrojar al olvido la dimensión eminentemente soteriológica de esos misterios y, en definitiva, de la persona de Jesús, el Cristo. La verdadera pregunta teológica por Jesús acaba siendo una pregunta que nos afecta y nos turba saludablemente [17]. Los teólogos deberían recordar con frecuencia la petición que les hacía M. Heidegger: «que no hablen desde los andamios de ninguna filosofía». No es fácil (ni posible) que la teología prescinda de mediaciones filosóficas. Pero sí es conveniente que prevalezca la palabra de la fe, que se hable desde los andamios de la fe, que se escuche la voz del Espíritu [18].

¿Qué hace la cristología con las experiencias nuevas de la humanidad? Porque una tradición religiosa que no sepa qué hacer con las experiencias nuevas de la humanidad pierde autoridad moral [19]. No hacemos cristología para salvar a Jesús; la hacemos para ayudar a la salvación de esta humanidad [20].

Nuestro propósito es, precisamente, formular una cristología actualizada, no en el sentido exclusivamente académico, sino en un sentido también existencial. Para actualizar la cristología es importante acudir a la bi-

---

haya visto envuelta en «un pesado manto doctrinal». *La plenitud del hombre,* Siruela, Madrid 1999, 114-115.

[16] J. MOINGT afirma atinadamente: «nos importa menos resituar a Jesús en su historia que restituirlo a la nuestra, a la historia de los hombres de todos los tiempos, a la que nosotros vivimos en la actualidad», aunque el mismo autor reconoce que hay una estrecha relación entre ambas historias. *El hombre que venía de Dios. Cristo en la historia de los hombres,* II, Desclée de Brouwer, Bilbao 1995, 17.

[17] J. BLANK afirma: «la pregunta "¿quién es Jesús?" no se puede contestar con una fórmula lisa. La respuesta queda siempre ligada a qué experiencias realiza en su propia vida cada cual con Jesús y con su evangelio». *Jesús de Nazaret. Historia y mensaje,* Cristiandad, Madrid 1982, 99. Y B. FORTE afirma que «buscar su rostro es dejarse turbar». *Jesús de Nazaret...,* 153.

[18] R. PANIKKAR viene a decir: «he oído muchas cosas sobre Jesús y al final he tenido que escuchar al Espíritu». *La plenitud del hombre...,* 166-167. Por eso propone una cristología «desde el interior», no «desde arriba ni desde abajo», 115.

[19] E. SCHILLEBEECKX, *Cristo y los cristianos...,* 31.

[20] A. NOLAN dice, al introducir, su obra sobre Jesús: «En ningún momento se intenta salvar a Jesús o la fe cristiana. Jesús no tiene necesidad de mí ni de nadie para salvarse. Él puede cuidar de sí mismo, porque la verdad puede cuidar de sí misma». *¿Quién es este hombre? Jesús antes del cristianismo,* Sal Terrae, Santander 1981.

bliografía más reciente y más significativa; es importante recoger las últimas conclusiones de la investigación exegética, teológica, histórica... Pero no es suficiente. La cristología sólo se actualiza de forma definitiva en la vida de la comunidad cristiana, en el fiel seguimiento de Jesús[21].

Si se habla de la vida de los cristianos como «el quinto evangelio»[22], también deberíamos hablar de la vida de la comunidad como la cristología actualizada. La vuelta a Galilea fue para los discípulos condición de posibilidad para el encuentro con el Resucitado. Galilea era el símbolo, la metáfora del seguimiento. Allí habían sido llamados al seguimiento; y allí le habían seguido. Ahora se les viene a decir que sólo se encontrarán con el Resucitado en la medida en que continúen fieles en el seguimiento. Sólo elaborarán una verdadera cristología en la medida en que la actualicen mediante el seguimiento fiel de Jesús[23]. «El camino de Cristo nace bajo los pies de aquellos que lo recorren. Entrar en el camino de Cristo significa creer en Él.»[24] El seguimiento de Jesús no es, sin embargo, un asunto principalmente moral; es sobre todo un asunto de hermenéutica y de teología o cristología fundamental[25].

En este sentido, la cristología exige proponer todo el significado de la persona, vida, muerte y resurrección de Jesús para los hombres y mujeres de nuestro tiempo y de todos los tiempos. Significa también proponer la vida de Jesús como modelo o paradigma de vida para sus seguidores. Hacer cristología es desentrañar el modelo de vida que ha quedado diseñado en la persona de Jesús de Nazaret, y en todo lo que Dios ha desvelado con su vida, pasión, muerte y resurrección. Hablar, pues, de cristología es hablar no sólo de la vida de Jesús, el Cristo, sino hablar de la vida de los cristianos en Cristo. Exponer la cristología es exponer a un tiempo la vida cristiana.

Los tres primeros capítulos están dedicados a exponer la situación de la cristología en la actualidad. Los cinco siguientes (4-8) están destinados a exponer los contenidos de la fe o la identidad de Jesús, el Cristo, y su significación reveladora y salvífica para la humanidad. Los seis capítulos restantes (9-14) se ocupan de exponer la propuesta de Jesús o la vida cristiana.

---

[21] J. MOLTMANN ha apelado a la significativa metáfora del «camino» para calificar la cristología actualizada. Habla de una cristología de caminantes, de hombres y mujeres que caminan y buscan en medio de los conflictos de la historia. Habla de una cristología del camino, no de una cristología de la patria; una cristología de la fe, no de la visión. *El camino de Jesucristo...,* 11-12.

[22] «La biografía real de los cristianos constituye un quinto evangelio: forma parte del núcleo de la cristología». E. SCHILLEBEECKX, *Cristo y los cristianos...,* 12.

[23] O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Jesús de Nazaret...,* 533.

[24] J. MOLTMANN, *El camino de Jesucristo...,* 59.

[25] O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo...,* 454.